

JOSE LUIS ABADA PEÑA

PREMIO TOMÁS BELZUNEGUI 2012

ACCÉSIT MODALIDAD SENIOR

**Nocturno de recuerdos**

La abuela era menuda y tibia como un nido,  
jugábamos a pájaros con ella.

**Miquel D'Ors**

La abuela Felicia era el bastión contra el que se estrellaban todos los acontecimientos que trataban de ensombrecer la felicidad de la familia.

Una familia larga, ocho hijos vivos y más de veinte nietos, en la que nos miramos y para la que ella ha servido de nexo, aún muchos años después de que ella nos dejara.

Yo sé que cuando era niño las mañanas eran mucho más frías y las tardes eran mucho más extensas.

Las mañanas en los pueblos de Campoo son frías como un despertar de otoño cuando el rocío se enseñorea de los prados y pone perlas en las hojas de los árboles del soto y la bruma esconde entre sus velos blancos de tul la ribera del arroyo silencioso, como un viejo cuando escruta el horizonte. Y son las tardes largas y serenas hasta que el sol tiñe de arbol las primeras vertientes de la noche. Durante el día solamente es verano. Lo sé porque los días de vacaciones los tengo guardados en el recuerdo igual que los piratas escondían sus tesoros. Lo sé porque aún hoy, después de tantos años, los vivo como si fueran el momento, como si solamente fuera una noche la que me separa de aquellas vivencias infantiles.

Recuerdo muy bien, aún la escucho en el fondo de mis sueños, la voz de la abuela – el pelo tenso repeinado en un moño, la cara limpia como la de una virgen del medievo, siempre vestida con sus amplias batas negras – que llegaba a la puerta de la habitación con aquel inconfundible olor de leche caliente y pan recién tostado. Y recuerdo el tacto de las blancas sábanas de hilo y el muelle abrazo del viejo colchón de lana con aroma a sol y a verde de los prados. El frío

del suelo de madera mordiéndome los pies. La caricia del agua helada en la cara arrancándome las últimas virutas del sueño. El beso de la abuela mientras pasaba la última revista al vestuario.

Y las carreras para llegar a la iglesia – yo era el único chico de ciudad que gozaba de los favores del verano y, puesto que me acompañaban mis rudimentarios latines del bachillerato, se me había asignado el cargo de monaguillo oficial durante los tres meses que duraba mi estancia – para ayudar a vestir con la complicada ropa de ceremonia al cura del pueblo, replicar a sus “Dóminus vobiscum” y hacer sonar la campanilla cuando elevaba sus manos para llamar a Dios a ser de carne. Lo cierto es que, salvo que se celebrara algún “cabo de año” al que asistían los familiares del finado, la mayor parte de los días nos encontrábamos solos en la iglesia Dios, el señor cura y yo. Aún recuerdo aquellas Misas apresuradas en latín, el dulce sabor del vino y el seco de los recortes de las hostias con que me obsequiaba el párroco.

Tras la ceremonia llegaba el momento de cumplir con las escasas obligaciones que tenía asignadas por la abuela. El agua era tarea de los chicos. Era una obligación ya que, por aquel entonces, el agua corriente era un lujo que estaba al alcance de muy pocos. Y era necesario acarrearla desde la fuente comunal que se encontraba, aún hoy sigue haciendo sonar su cantarina voz, en el centro del pueblo, al resguardo del otero donde se yergue la iglesia. Dos o tres viajes, con dos cubos, hasta llenar la orza de barro acristalado siempre presente en un rincón de la cocina. Y siempre había uno que otro trabajo, pequeñas compras en la tienda, picar los palos para encender el fuego, una mano para ayudar en el traslado de la colada hasta o desde el lavadero, que cumplimentar.

La abuela era temerosa de Dios.

Y de las tormentas.

Siempre puedo recordar su imagen recogida en el fondo de la cocina, acurrucada en el rincón más alejado de la ventana, las manos en la cabeza

cubriéndose los ojos y los oídos en tanto que los truenos restallaban contra los cristales y enviando jaculatorias a los cielos que nos preservaran del peligro de los rayos:

- ¡Ay Dios mío, ay Virgen Santísima! - se la escuchaba decir.

Era su único miedo.

Jamás tuvo miedo al trabajo, ni a las dificultades. Ocho hijos y tres nietos que había sentido la obligación de recoger en su casa para que no pasaran el hambre de posguerra a su entero cuidado, trece bocas que alimentar con los escasos medios que la tierra ponía en sus manos.

Fue soporte moral de muchas de las familias del pueblo.

Ama de cura, criada de su tío sacerdote, que había sido en su juventud era capaz de aplicar todas las enseñanzas de su fe a cada una de las circunstancias de su vida. Jamás se dejó amilanar por nada ni por nadie.

Era ya a partir de la media mañana cuando me hacía dueño del tiempo. Del tiempo y de los campos y del arroyo y de los árboles y del sol y de las sombras. Era el soberano de un reino que tenía por único súbdito a la naturaleza. Allí fui aprendiendo a ponerle nombres a las nubes, a acariciar las flores y disfrutar de su presencia y sus colores, a aprender a volar como los pájaros, a escaparme de mí mismo con el viento, a soñar en las tardes de tormenta, a inventar historias con la niebla lejana en la montaña.

Después de la comida, nadie ha sabido cocinar nunca como la abuela – garbanzos con arroz, acompañados de una exquisita carne de falda de ternera y aliñados con fritada de verduras; alubias bien condimentadas y mejor sacramentadas; una simple y nutritiva sopa de ajo con huevos estrellados; el arroz o la sopa de fideos y el brazo de gitano de los días de fiesta – y jamás nadie podrá encontrar aquellos sabores y el punto adecuado de sus manjares, después de la comida, digo, era el momento sagrado de la siesta.

La casa se llenaba silencio. Era como si el tiempo se detuviera en el portal sin atreverse a pasar la puerta de la casa. Eran los momentos que yo aprovechaba para soñar. Había muy pocos libros en la vieja casa – los labradores nunca han sido demasiado dados a imaginar historias ajenas, estaban destinados a vivir las propias – pero supieron acompañarme en los sueños de la hora de la siesta. Allí busqué tesoros escondidos en las recónditas islas de los Mares del Sur y luché contra piratas y tiranos. Me hice espadachín y bandolero. Enamoré a princesas que todas tenían el rostro de Kim Novak. Y comencé a juntar letras para formar palabras, palabras para hacer frases y frases que con una cierta coherencia dieron lugar a mis primeros proyectos de frustrados ripios que nada tenían que ver con un poema y de cuentos que eran el reflejo deformado de otros cuentos. Después era llegado el momento de las grandes aventuras verdaderas. Las grandes aventuras solitarias en el arroyo, con el agua hasta las rodillas, removiéndolas piedras e introduciendo las manos en las covachas excavadas en los terrosos márgenes, en busca del sabroso monstruo que, armado de sus acorazadas pinzas me esperaba para que ambos nos disputáramos la posesión del preciado territorio. Las complicadas expediciones de arriesgado explorador de lejanas y desconocidas selvas entre los arbolados aledaños al pueblo. Y allí hice descubrimientos de nidos de palomas, del rítmico tac – tac del picatronicos, el graznido de los cuervos, los colores imposibles del arrendajo, el majestuoso vuelo de los buitres y el picado de los milanos sobre sus indefensas presas. Aprendí a distinguir las huellas de los jabalís y a localizar sus revolcaderos en el barro. Hallé tesoros de valor incalculable, grietas con formas de corazón y de colores difíciles de catalogar, árboles secos hendidos por el rayo hasta el mismo corazón, fantasmas cuyos brazos sarmentosos me obligaban a luchar denodadamente en la imaginación contra ellos para poder desprenderme de su mortal abrazo, nidos abandonados por los polluelos, vellones de lana adornando los espinos.

Pero, asimismo, el héroe que vivía en mi imaginación, el esforzado paladín que conducía mis sueños debía reponer sus desgastadas fuerzas perdidas en tantas aventuras y nada mejor que el delicado maná que la abuela le arrancaba a los cielos, la rebanada de pan de hogaza, caliente del horno de la cocina, embadurnada con nata y coronada de azúcar. Y vuelta a buscar nuevas aventuras, esta vez en compañía de nuevos y esforzados caballeros, los muchachos del pueblo ya libres de sus tareas cotidianas con los que ponía a volar nuevos sueños. Y cuando al fin venía a caer la noche el cansancio hacía mella en el esforzado cuerpo, al fin y al cabo humano, del diurno campeón de causas quiméricas. Era llegado el momento de retirarme a mi castillo donde me estaba aguardando la sonrisa y el cariño de la verdadera dama de mi vida, la mujer que reunía en sí todas las virtudes que se pueden atesorar en las palmas de unas manos blancas de luz y arrugadas de trabajo. Y ella, entonces, me acariciaba la cabeza y me hablaba con susurros y me contaba historias, historias verdaderas de gentes que tan sólo vivían en su imaginación. Y reíamos los dos hasta que, con un beso en la frente, me acompañaba hasta la cama.

La abuela no se podía permitir lujos, ni siquiera pequeños caprichos. Cualquier necesidad sabía complementarla con su sacrificio personal. Era la primera en levantarse y la última en acostarse, servía a todos y ella comía lo que restaba, si es que algo quedaba. Attendía a las labores del campo, cuidaba de la casa, estaba permanentemente al cuidado de sus hijos, de los presentes y de los ausentes. Era como un gran pájaro bajo cuyas plumas todos sabíamos que teníamos un lugar donde resguardarnos.

Ahora, cuando la realidad se ha aliado con la vida, cuando me encuentro más allá de la ilusión, ya no me queda el castillo, ni los sueños. Ha desaparecido el héroe que acompañara mi niñez. Pero lo que nunca, nunca puedo perder es el recuerdo de las manos de la abuela, duras para los más duros trabajos, para las faenas más trabajosas y leves como la bruma para acariciar las mejillas sin

apenas rozar la piel, que sabían dejar surcos de amor en el alma, manos que eran medicina para los rasponazos del espíritu.

La abuela supo plantarle cara a todas las adversidades, hizo de su vida un ejemplo para todos. Hijos, nietos nos hemos mirado en el espejo de su existencia. Una existencia demasiado corta. El Cielo siempre está necesitado de luceros que alumbran la noche de los hombres, la abuela se fue de nuestro lado cuando aún era demasiado pronto, cuando aún estábamos necesitados de su cariño, de sus consejos, de su ejemplo.

La abuela Felicia nos dejó cuando aún era muy joven. Yo recuerdo muy bien como se fue consumiendo de repente. Ella que era tan inmensa como el mundo, ella que era tan grande como el mar se fue haciendo pequeña, muy pequeña. Le faltaban las fuerzas y le fallaba la voz.

Un dolor persistente en el estómago - “Es como una pena que tengo, como si fuera una mano que me estruja muy adentro” - me decía, un maldito cáncer el que se la llevó.

Nunca la oímos una sola queja, aunque todos sabíamos que el dolor que sentía había de ser, a veces, insoportable. Para nosotros siempre tenía dispuesta una sonrisa. Siempre estaba dispuesta a acariciarnos la cabeza a ponernos un beso en la mejilla y escuchar nuestras pequeñas penas y darnos un consejo.

Pero un día, un nefasto día en plena primavera, ya no pudo resistir más aquella pena, la pena de dejarnos, la pena de no ser ya nuestra guía, de no poder ser esa caricia que siempre reconforta, esa alegría de encontrarla y saber que en su regazo no nos va a faltar el aliento de la vida. la vida que a ella se le escapa a borbotones por su maldita herida.

Y se nos fue en silencio, sin una sola queja, a bordo de la barca de su fe, mirando al cielo desde donde todos sabemos que nos mira.

Pero no se fue del todo porque todos sabemos que está ahí. Que nos mira, que nos vigila, que está pendiente de nuestras necesidades y de nuestros caprichos. Que, en cada ocasión en que, milagrosamente, se solucionan nuestras dificultades, que cada vez que encontramos una sonrisa sin saber de donde viene, que esa paz interior es una caricia que se escapa de las manos de la abuela. Que ella está ahí, que sigue a nuestro cuidado.

Nunca, jamás podrá morir el recuerdo dulce, inmenso, sin sombras de la abuela.